

# **LA GUARDIA CIVIL EN MONTAÑA: DE DEMONIOS A ANGELES DE LA GUARDA**

## **(Breve bosquejo histórico autobiográfico del Socorro en Montaña en España)**

**JOSE RAMON MORANDEIRA GARCIA**

Doctor en Medicina y Licenciado en Veterinaria

**L**o recuerdo perfectamente. Fue en 1962 cuando me detuvieron. Acusaciones: contrabando y cruce ilegal de fronteras.

Eran los tiempos en que en España aún escalábamos con cuerdas de cáñamo. De ahí nuestra envidia superlativa cuando subíamos a las cumbres pirenaicas y encontrábamos a los franceses con sus cuerdas de nylon. Contaban y no acababan de las maravillas que era posible adquirir en sus tiendas de deportes.

Es fácil entender, en este contexto, que la tentación era irresistible. Total, bastaba con bajar el monte por el otro lado, llegar al primer pueblo gabacho y hacerse con alguno de aquellos tesoros que en España eran entonces insoñables por inalcanzables.

Así que, con la alegría que da para estas cosas tener 18 años, planificamos la maniobra con logística estimable:

1. Recuperación general de ahorros (escasos, que eran malos tiempos).
2. Paso a Francia por la brecha de Roldán, vía Goritz, y descenso por Sarradets hasta Gabarnie (avanzadilla pirenaica de la Grandeur).
3. Compra seleccionada de artillugios montañeros para uso colectivo (pocos, que el franco estaba caro al cambio).

4. Inventario general de lo adquirido: Una cuerda de nylon de 9 mm y 40 m, algunas clavijas, unos mosquetones de aluminio y un bote de foie-gras (esto último fue objeto de duras críticas y discusiones, pues aunque se consideró intendencia para el camino, fue tildado por algunos de despilfarro y vicio).

5. Regreso a casa.

Alguien propuso el regreso por el collado de Bujaruelo. El camino era más corto que por la brecha de Roldán y menos pino. Estábamos cansados, escaseaban las provisiones (el foie-gras había sabido a poco), y ardíamos en el deseo de enseñar a los amiguetes nuestros tesoros.

En mala hora. Acabábamos de cruzar el collado y descendíamos hacia el valle del Ara para llegar a San Nicolás de Bujaruelo. Veníamos elucubrando sobre las proezas y maravillas que haríamos con aquel equipo recién adquirido: subiremos a...; haremos la cara norte de...

Entonces, sonó la voz.

¡Alto a la Guardia Civil!

Era la pareja. Con tricornio, capa, bigote, patillas y naranjero. Como mandaban los cánones... y el reglamento.

¿De dónde vienen? ¿A dónde van? ¿Qué llevan en la mochila? A ver, pasaporte, documentación...

Para qué seguir... El resto se lo imagina cualquiera que haya vivido u oído hablar de aquellos tiempos: dos días retenidos en el puesto (un chamizo) de San Nicolás de Bujaruelo, esperando a que la superioridad decidiera qué se hacía con nosotros: decomiso del material adquirido en Francia, inventariándolo como contrabando; apertura de expediente y antecedentes, etc. ¡Y menos mal que pudimos demostrar que no éramos secuaces de El Campesino, que en aquel entonces (decían) rondaba por el lado francés del Pirineo tratando de invadir España con sus hordas de rojos! No veas...

Al final, como siempre, intimamos con el guardia de Bujaruelo.

Ordenes, son órdenes... Decía. Y luego añadía con voz compungida: lo siento...

No guardo ningún rencor por aquello. Pese a las secuelas legales, familiares y sociopolíticas que en unión de alguna otra escaramuza contestataria durante la época de la Dictadura me produjo. Al contrario, lo guardo como una de las anécdotas más jocosas de mi juventud. Además, tuve ocasión de releer y meditar alguna estrofa incluida en el himno del Benemérito Instituto, según versión de entonces, colgada

en una pared del puesto de San Nicolás de Bujaruelo.

¡...Viva Franco, viva España!...

Viva el orden y la ley...

No me gusto nada. Primero, porque no rimaba ni con cola, y se veía claro que era un apaño. Pero sobre todo, porque era clarificadora de aquellos tiempos: Franco en España imponía su orden y ley.

En 1964 me encomendaron la coordinación de los Grupos de Socorro en Montaña de la Federación Aragonesa de Montañismo. Recuerdo el hito, porque aquel gesto de confianza lo tomé muy en serio. Hasta el punto de que, desde entonces, no he parado de dar la tabarra con los accidentados de montaña. Y sigo. Y espero seguir siguiendo.

Eran aquellos unos grupos de socorro voluntarios, en la más rancia tradición de solidaridad montañera. Había un coordinador (entonces se llamaba jefe) y una lista de montañeros, con direcciones y teléfonos para poder localizarlos, caso de que fuera necesario. Cuando ocurría un accidente, la noticia llegaba al coordinador o a alguno de los miembros del grupo. Si el rescate era necesario, se activaba la cadena de alarma, movilizándolo a los voluntarios, que acudían en auxilio del accidentado.

Ni qué decir tiene que el sistema operativo era lento y poco eficaz. Tanto en el mecanismo de alarma, como en la puesta en marcha del rescate, porque:

- La noticia del accidente llegaba a los grupos de socorro con mucho retraso (no se daba con tam-tam, pero casi).
- Se tardaba horas en movilizar a los socorristas, y aún más en desplazarlos hasta el lugar del accidente por medio del ferrocarril o de algún vehículo privado. Hablamos de los tiempos en que desplazarse de Zaragoza a Candanchú costaba cuatro o cinco horas en coche y algunas más en tren (esto último, como ahora, que en eso no hemos mejorado).
- El rescate era exclusivamente terrestre (lo del helicóptero era un sueño del que se oía hablar, pero sólo se veía en los cromos).
- Además, los socorristas sufrían problemas laborales y familiares al tener que ausentarse de su trabajo y de sus casas durante varios días para participar en un rescate (las señoras siempre han tenido muy claro que la solidaridad bien entendida empieza por ellas mismas. Los jefes, no veas...).

Con todo ello, lo más frecuente era que, al llegar al lugar del accidente, estos grupos de socorro se encontrasen con que el accidentado ya había sido rescatado por sus compañeros de cordada, o que lo único que tenían para rescatar era un cadáver.

De pena, vamos... Aunque eran tiempos de una solidaridad y un compañerismo inigualables.

Al igual que ahora, había siempre en aquellos rescates un hecho constante: la presencia de la Guardia Civil en el lugar de los hechos. Con una importante diferencia: que entonces acudían como vigilantes, no como socorristas. Eran la policía judicial, y tenían que vigilarnos y levantar atestado.

Resultaba cabreante que siempre llegaran al lugar del accidente antes que nosotros. A veces, bastantes horas, e incluso un día. Pero nunca tomaban la iniciativa para evacuar al accidentado. Aunque, al final, la solidaridad se imponía, y cuando llegábamos nosotros terminaban arrimando el hombro. Hecho especialmente meritorio, porque transportar a un herido en camilla por el monte, equipado con tricornio, capote y naranjero, es proeza difícilmente superable. Así que, cuando el guardia llevaba la camilla, solía terminar haciéndose cargo un montañero-socorrista del transporte de sus definitorios aditamentos de la uniformidad del Cuerpo.

Aquello no podía ser. Tenían mejor sistema de alarma. Estaban mejor organizados. Llegaban antes. Pero se quedaban quietos. Y, encima, traían el dichoso "naranjero" ¡Para qué diablos lo querían en un rescate...!

Son las órdenes... decían ellos.

Pues caray con las órdenes... Respondíamos nosotros.

Para mayor abundamiento, en una ocasión comenté los hechos con un "responsable" de los de aquellos tiempos. Recuerdo su respuesta: "se le puede caer el pelo al guardia por dejar en manos de un civil el equipo y el armamento".

O sea, que encima, el pobre guardia se la jugaba por ayudarnos. ¡La leche, vamos!

Así que apunté el dato en mi memoria con agradecimiento y empecé a comprender que los pateadores del monte éramos como una familia. Independientemente de nuestra condición de montañeros, guardias civiles, pastores, o lo que fuera. Al fin y al cabo sufríamos parecidos peligros e inclemencias, recorríamos los mismos caminos, compartíamos los refugios, etc. Eso une. ¡Y cómo!

También entendí que el problema no era la Guardia Civil, sino "quién y cómo" manda a la Guardia Civil.

En aquellos años aprendí más cosas. A ello contribuyeron diversos hechos:

- Acabé los estudios de medicina, en plena efervescencia de rebeldía estudiantil del 68. ¡Imaginación al poder!, gritábamos. Mientras los "grises" nos corrían a porrazos por el Campus y los guardias civiles por el campo.
- Hice las milicias universitarias y fui alférez de infantería en un regimiento. Luego hice las oposiciones a médico militar y fui durante algún tiempo "aspirino". Guardo grandes recuerdos de aquella experiencia que gusto de comentar con mis amigos. Pero, sobre todo, me sirvió para comprender el porqué de la disciplina militar, pese al hecho de que, a veces: "el que manda, manda. Aunque mande mal".
- Asistí a un intento de prohibir la escalada por decreto para evitar los accidentes. Gran solución sin duda, acorde con las drásticas y heroicas decisiones con que solían obsequiarnos en aquellos tiempos. Lo intentaron. Aunque no pudieron.
- Tuve ocasión de salir al extranjero y enterarme de lo que valía un peine. "Españolito que viajes a Europa, te guarde Dios." Eso decían. Y decían bien. También me enteré de que, en muchas cosas, nos llevaban veinte o treinta años de adelanto. A pesar de que éramos portadores de valores eternos, del Imperio hacia Dios y de la madre que nos parió.
- Estreché mis relaciones con los pirineístas del otro lado (l'autre côté, según ellos), que me explicaron el funcionamiento de sus grupos de socorro: equipos profesionales constituidos por fuerzas del Estado (gendarmería y CRS), bien organizados, entrenados y equipados, en estrecha colaboración con la sociedad civil (montañeros, médicos, protección civil, etc.). "Voilà, monsieur, la difference avec le merde existant du côté espagnol." Eso decían con chauvinismo los muy gabachos. Y tenías que envainártela y tragar quina poniendo sonrisa de conejo. Porque tenían razón.

Con este bagaje de conocimientos, me consideré capacitado para protestar públicamente. Así lo hice, publicando un artículo periodístico en el que exponía mis razones, a las que "Jefatura" no tardó en contestar. El señor Jefe Provincial del Movimiento, tras advertirme de lo inconveniente de mis inconveniencias (sic),

terminaba diciendo: "lo que comunico a usted para su conocimiento y efectos, o esta Jefatura se verá obligada a tomar medidas que será la primera en lamentar".

Su escrito no me impresionó nada, por dos motivos:

1. Para aquel entonces me había familiarizado con la fraseología del Régimen. Además, don Francisco estaba ya matusalénico y en pleno parkinson. Así que, con el debido respeto, todos estábamos esperando a que palmase para dar el carpetazo a su Régimen, cerrando, de una vez por todas, un capítulo más que discutible de la moderna historia de España.

2. Empecé a recibir adhesiones de variopinta gente. Así, descubrí que, independientemente de la ideología, éramos muchos los coincidentes en lo tocante al socorro en montaña. Algunos, especialmente activos, incluso habían aprovechado los cauces oficiales existentes para hacer gestiones de gran mérito.

Tengo probado en aquella época, con antecedentes penales, mi oposición al Régimen de Franco. Cosa que dudo puedan hacer muchos de "los demócratas de toda la vida" que, a su muerte, surgieron como hongos. Pero me molesta el desprecio y el olvido a que interesadamente se ha sometido a cuantos asumieron responsabilidades durante la Dictadura. Mal hecho. Porque si justo es criticar cuanto de malo hubo en aquella época, también lo es resaltar lo bueno. Que lo hubo, y mucho. Aunque sólo sea para evitar el madre de los aprovechados. Que de seguir así, hasta los pantanos que inauguraba Franco resultarán obra de los gestores actuales.

Tengo la opinión de que olvidando los antecedentes no se hace historia. O se hace una historia falsa. Pero esa es otra historia. Además, ya va siendo hora de que, entre todos, nos decidamos a terminar con la cultura del "pelotazo". Y no me refiero únicamente al "pelotazo económico", sino también al "pelotazo social". Que existe, lleno de personajes y personajesillos que no son nada, que nada significan, que a nada ni a nadie representan, pero que salen mucho en los papeles, por el mero hecho de que ellos mismos llaman para que los saquen y para trincar la exclusiva. Gentes sin más currículum que el autobombo, de las que nadie conoce en qué Universidades se formaron, qué títulos obtuvieron, qué libros escribieron, o en qué revistas de prestigio publicaron sus artículos de opinión o científicos. Gentes sin más meta ni objetivo que el madre. Auténticos trepas en lo social y en lo económico. Claro, que así pasa

lo que pasa, y cualquier atrevido cantamañanas que no tiene más título que el certificado de estudios primarios puede venir diciendo que es ingeniero, llegar a Director General, optar a ser Ministro, y darse el piro con el dinero del contribuyente en el bolsillo.

En lo que respecta al desarrollo del socorrismo español de montaña, no es mi intención dejar aquí constancia de todos los que en aquella época contribuyeron. Eso, con el inventario completo de todos los que desde entonces hasta nuestros días lo hicieron, lo dejo para un estudio histórico más serio y documentado que el que ahora acometo. Pero quiero citar al menos a quien recuerdo. Excúsenme los ignorados, que no es con mala fe el olvido:

ALLENDE SALAZAR, José María: Consul General de España en Pau (Francia) durante los años que nos ocupan. Sus gestiones para obtener la colaboración y apoyo de los franceses fueron decisivas.

ANGLADA, Mariano: Médico y Jefe de los Grupos de Socorro en Montaña de la Federación Catalana, fomentó la extensión de los Grupos de Rescate de la Guardia Civil en Cataluña. Aunque sus iniciativas fueran aparcadas durante la transición democrática, han sido parcialmente retomadas con posterioridad.

ATARES PEÑA, Juan: Coronel del 23 Tercio de la Guardia Civil de Fronteras en 1964 (Pamplona). Contribuyó de forma decisiva a la consolidación de los grupos de socorro del Cuerpo en el Pirineo y a su progresiva extensión por toda España. Labor que apoyaría incansablemente hasta su muerte el 23 de diciembre de 1985, siendo ya General de Brigada. Brutalmente asesinado en Pamplona por los bestias de ETA.

BARBIER, Marcel: Prefecto de los Altos Pirineos que facilitó a todos los niveles los contactos y colaboración franco-españoles en todo lo relativo al rescate en montaña.

CASTELLO ROCA, Augusto: Asesor médico de la Federación Española de Montañismo durante más de treinta años. Representó por primera vez a España en la CISA (Comisión Internacional de Socorros Alpinos), donde tuvo ocasión de conocer a fondo todos los modelos de socorro en montaña existentes en distintos países. Basado en su experiencia, defendió con ahínco para España un modelo profesional y público similar al francés.

DIAZ IBAÑEZ, Juan José: Presidente de la Federación Aragonesa de Montañismo durante la época en que Félix Méndez ostentaba la presidencia de la Federación Española. En estrecha colaboración con Félix Méndez, impulsó

incondicionalmente desde Aragón el desarrollo de los Grupos de Rescate en Montaña. Pepe Díaz, hombre emblemático del montañismo aragonés en casi todas sus facetas, fue también fundamental y pionero en ésta.

DIDELIN, François: Pirineísta francés omnipresente en todo lo relacionado con el socorro en esas montañas durante un largo período que va de los años cuarenta a los setenta. Fue presidente de los Grupos de Socorro en Montaña del Pirineo Francés desde 1953. Consejero Técnico en este sentido del Prefecto de los Altos Pirineos desde 1958. Miembro del Comité Director de la Federación Francesa de Montaña y Secretario General del Comité de los Pirineos. Nombrado Delegado de la Federación Española en Francia, asistió a todas las asambleas de nuestra Federación entre 1962 y 1970. Su apoyo al desarrollo del socorrismo de montaña en España fue siempre decidido, incondicional y desinteresado. El montañismo español tiene con él una deuda imperecedera.

DONCEL VALDEPEREZ, Rodolfo: Capitán en los años sesenta de la Compañía de Esquiadores y Escaladores de la Escuela Militar de Montaña de Jaca en Candanchú. Hombre fuertemente ligado a la montaña y a la Escuela Militar de Montaña de Jaca durante toda su carrera profesional. Muy sensibilizado con los accidentes de montaña, especialmente con los producidos por los aludes, en cuyo estudio llegó a ser un experto, pionero en España. Aragonés de pura cepa, amigo de llamar al pan, pan, y al vino, vino. Colaboró siempre incondicionalmente con la Federación de Montaña, para la que llegó a convertirse en una auténtica institución.

FABRE, Michael: Vicepresidente de la Federación Francesa de la Montaña, se solidarizó totalmente con la Federación Española en todo lo relativo al rescate en montaña, haciendo hincapié en la necesidad de su desarrollo, y en el beneficio que supondría tanto para los pirineístas españoles como franceses.

FRAGOSO DEL TORO, Víctor: Gobernador Civil de la provincia de Huesca durante un largo período de la época franquista. Entendió desde el primer momento la importancia de desarrollar un buen rescate de montaña en el Alto Aragón. Su apoyo fue incondicional al respecto. Su actuación, decisiva.

GARCIA LACLAUSTRA, Francisco: Pieza fundamental en la creación de los Grupos de Rescate en Montaña de la Guardia Civil. Jacetano íntimamente ligado a la montaña, tuvo siempre muy claro el gran papel que podían desarrollar estos grupos. Apoyó la idea fundacional en los años sesenta, con acciones decisivas desde

la V Zona de la Guardia Civil (Zaragoza), de la que era Jefe en 1969 como General de Brigada. A principio de los años ochenta, siendo ya General de División, ostentaba el cargo de Subdirector General de la Guardia Civil. Allí tuvo una actuación decisiva en la revitalización y relanzamiento de estos Grupos, tras el bache que habían sufrido durante la época de la transición política. Bajo su dirección se creó el CAEM, los GREIM y la Inspección de Montaña de la Guardia Civil, órganos fundamentales en los que aún hoy se sustentan los actuales Grupos de Rescate. El montañismo español tiene con él una deuda imperecedera.

GONZALEZ CARBAJO, Félix: Era General de Infantería y Jefe de los Grupos de Socorro Montaña de la Federación Andaluza de Montaña. Radicado en Granada, luchó porque la iniciativa pirenaica de los Grupos de Rescate de la Guardia Civil se extendieran hasta Sierra Nevada.

LOPEZ MARCOS, Juan: Jefe de la 422 Comandancia de la Guardia Civil (Huesca) entre 1965 y 1967. Impulsó decididamente los Grupos de Rescate del Cuerpo en su demarcación.

MANCHADO, Miguel: Teniente Coronel Jefe de la 223 Comandancia de la Guardia Civil de Fronteras (Jaca) en 1967. Continuó la labor iniciada por sus antecesores en el cargo, apoyando a los Grupos de Rescate en Montaña de la Guardia Civil. Se volcó en ayudar a la Federación, donde guarda incondicionales amigos.

MEDIAVILLA JAUDENES, Juan: Profesor de la Escuela Militar de Montaña de Jaca, se hizo cargo en 1961 de los Grupos de Socorro en Montaña de la Federación Española de Montañismo (FEM) como Vocal Delegado. Por entonces Comandante, trabajó de forma muy activa en la FEM, donde era conocido cariñosamente como "el soldado", hasta que ascendió a Coronel.

MENDEZ TORRES, Félix: Presidente de la Federación Española de Montañismo durante un largo período de la época franquista. Junto a aspectos criticables de su gestión, Félix Méndez hizo muchas y buenas cosas por el montañismo español. Entre ellas, ser el motor y auténtico pionero de los grupos de socorro. Primero, con la creación y desarrollo de los grupos de voluntarios en 1956. Después, batallando con ahínco para que la Guardia Civil se hiciera cargo del asunto. Sus gestiones a nivel institucional fueron capitales y definitivas en este aspecto.

MUÑOZ GUERRA, Fernando: Jefe de los Grupos de Socorro en Montaña de la Federación Española de Montañismo (FEM) a finales de

los años sesenta. Cuando posteriormente presentó su candidatura como presidente de la FEM, lo hizo asumiendo como uno de sus principales compromisos desarrollar el rescate en montaña sobre la base de los grupos de la Guardia Civil. Así lo hizo, aplicando a ello todas sus fuerzas.

MUÑOZ MARTIN, Diego: Teniente Coronel Jefe de la 223 Comandancia de la Guardia Civil de Fronteras (Jaca) en 1964. Continuó con entusiasmo la tarea iniciada por su antecesor en apoyo de los Grupos de Rescate en Montaña de la Guardia Civil.

RUIZ MARTIN, Jacinto: Teniente Coronel Jefe de la 223 Comandancia de la Guardia Civil de Fronteras (Jaca) en 1963. Apoyó con entusiasmo la idea de los Grupos de Rescate en Montaña de la Guardia Civil desde el primer momento.

SERRANO DE PABLO, Luis: Coronel Jefe del SAR (Servicio Aéreo de Rescate) en 1957. Apoyó incondicionalmente la idea del soporte helitransportado, como pieza fundamental del rescate en montaña. Creador de la Mutualidad General Deportiva, de la que fue Director, donde continuó con su apoyo incondicional a los montañeros. No sólo desde este cargo, sino también desde los que ocupó en razón de sus empleos profesionales, hasta su retirada como Teniente General. Pionero del rescate helitransportado en España, sus servicios no han sido suficientemente valorados por los montañeros.

SERRANO VICENT, José María: Teniente Coronel Médico de la Escuela Militar de Montaña de Jaca, debe de ser considerado como el gran pionero español en el estudio de todos los aspectos médicos relacionados con los accidentes de montaña. Gran montañero, era conocido desde siempre cariñosamente por sus compañeros como "el sarrio". Participó activamente desde el principio en el desarrollo del socorro de montaña en España, aportando sus conocimientos médicos en la materia.

SERVICIO NACIONAL DE RESCATE EN MONTAÑA: Creado a principios de los años setenta, estaba integrado por:

- Teniente Coronel Espinazo, en representación de la Dirección General de la Guardia Civil.
- Comandante Herrera, en representación del Ministerio del Aire. Fue el primer piloto español que participó con un helicóptero en un ejercicio conjunto hispano-francés desarrollado en Goritz. Lo inadecuado del aparato que pilotaba, hizo que su actuación no fuera brillante. Pero le sirvió para transmitir su experiencia, haciendo saber cla-

ramente lo que en su opinión de experto se necesitaba.

- Florentino Carrero, era Secretario Técnico de la Federación Española de Montañismo, a través de la cual representaba a la antigua Delegación Nacional de Deportes, en unión de Félix Méndez. Carrero era además Comandante de Estado Mayor del Aire y piloto, como es lógico. Apoyó también decididamente la necesidad del rescate helitransportado.

Este Servicio Nacional de Rescate en Montaña no tuvo ocasión de desarrollar el trabajo para el que había sido pensado, desapareciendo durante los profundos cambios estructurales que sufrió nuestro país durante la transición democrática. Pero la idea no era mala, y adaptada a los cambios y estructuras actuales, no parece descabellado retomarla.

ZENON ALDALUR, Luis: Teniente General Director de la Guardia Civil en 1964. Con él entabló contacto Félix Méndez, exponiéndole los problemas existentes con la Guardia Civil en los Pirineos por aquellas fechas. Entendió perfectamente la problemática y la necesidad de que la Guardia Civil, sin dejación de sus tareas de vigilancia, asumiera el rescate en montaña, hasta alcanzar igual o mejor nivel que la Gendarmería francesa. Invitado oficialmente por las autoridades francesas merced a las gestiones de F. Méndez, F. Didelin y J. M. Allende, conoció cómo se desarrollaban las cosas en el Pirineo francés, sentando las bases para su desarrollo en España.

Todas estas gentes, de variopinta formación, situación, ocupación, ideología, empleo y rango, tenían un común denominador: su amor a la montaña y su solidaridad con los montañeros accidentados. Así que fue fácil ponerse de acuerdo con ellos.

¿Qué modelo de socorro adoptamos?

—¿Voluntario y público, como en los países comunistas? No, que es muy malo. Además aquí no debemos de hacer nada como esos rojos. ¿Vale?

—¿Voluntario y privado, como en Italia? Menos, que ya lo hemos probado y es peor.

—¿Profesional y privado, como en Suiza? Tampoco, que eso es capitalismo puro y duro.

—¿Profesional y público, como en Francia? Hombre, parece el más apropiado. Encima los tenemos cerca y podemos aprender de ellos, colaborar, intercambiar y tratar de integrarnos en el futuro. Además, para desarrollarlo, parece fácil: basta con proponer que la Guardia Civil

asuma aquí la faena que hacen en Francia gendarmes y CRS.

Decidido el tema, se empezó a trabajar en el asunto. Se hicieron gestiones y se aunaron voluntades, hasta que en 1967 la Guardia Civil creó sus primeros grupos de socorro (entonces denominados grupos de Esquiadores y Escaladores), que progresivamente se fueron haciendo cargo del rescate en montaña en toda España.

Al principio aquello fue un drama. Recuerdo con horror la primera reunión que hicimos con los franceses en el refugio de Goritz. Habíamos convencido a la Dirección General del Cuerpo para que equipara a los guardias como a montañeros. Les habíamos hecho comprender que para ir al monte no era equipamiento apropiado el famoso trinomio capote-tricornio-naranjero. Les habíamos pasado una lista con el equipo que juzgábamos más apropiado al efecto. Les habíamos convencido. Nos habían hecho caso y estábamos ufanos por ello...

Craso error. Cuando vimos aparecer a los guardias, por poco nos da un soponcio. O no nos habíamos explicado bien, o no nos habían entendido. Pero la intendencia era un desastre: mochila (armatoste) militar de reglamento; botas Segarra, made in Spain, de lo más fulero; medias-caletín de futbolista color verde-caqui, prestas al agujero; pantalones bávaros prehistóricos; jersey modelo "batalla de Teruel", que pesaba como un muerto; saco de dormir de piel de borrego; crampones de forja tipo "herrero patrio"; cuerdas de cáñamo estepario... En cuanto al equipo de rescate, no quiero ni recordarlo.

¿Cómo no se nos había ocurrido pensar que no existía en España un equipo de montaña acorde con los tiempos y era preciso importarlo? ¿Que la intendencia militar española tendría serios problemas para hacerlo?

Por si fuera poco, los componentes de aquellos grupos, guardias eran. Pero de esquiadores-escaladores tenían lo que yo de obispo.

Para colmo, el celo de Félix Méndez había conseguido el concurso de un helicóptero del SAR (Servicio Aéreo de Rescate) que diera cobertura aérea a nuestros grupos de socorro, en digna competencia con el derroche de medios de los gabachos. Recuerdo que el aparato era blanco, grandote y lento. En cuanto apareció le adjudicamos el apodo de "pájaro tonto". Hizo honor a su nombre: dio un par de vueltas por encima del refugio, pero no se atrevió a aterrizar. Claro, que tampoco se podía pedir más de un piloto sin experiencia en montaña y con semejante armatoste.

Frente a nuestros guardias, los gendarmes franceses parecían superman. Equipados con

el último grito en material de montaña, experimentados, compenetrados y bien entrenados. Subían y bajaban de sus helicópteros "Alouette" (dos, para más coña), que hacían diabluras al aterrizar en la explanada del refugio. Se exhibieron todo lo que quisieron y nos dieron una buena pasada. Con más chauvinismo. Y palmaditas animosas en el hombro, al tiempo que nos decían con sonrisa de suficiencia "Ça ira, ça ira, mon ami". Los muy puñeteros... Me juré a mí mismo hacer cuanto estuviera en mi mano para que así fuera.

Volvimos a reunirnos y trazamos un plan: haríamos cursillos juntos en los que los guardias aprenderían técnica de los montañeros. La Federación se las ingeniaría para dotarles de equipo y material apropiado...

Aquello fue estupendo. Lo pasamos muy bien. Nos hicimos enseguida amigos y los guardias, convertidos en unos montañeros más, aprendieron rápido. Félix Méndez se las ingenió para dotarles de un buen equipo, en un alarde de contrabando ilegal, legalizado a la brava y transportado en los helicópteros de los franceses, ya que nosotros no teníamos. Además, sobre la base de aquellos grupos, consiguió que la Federación entrase a formar parte de la CISA (Comisión Internacional de Socorros Alpinos), representando a España como miembro de pleno derecho. Que no fue fácil. Ni mucho menos.

Poco a poco, los encuentros se fueron espaciando y nos reuníamos sólo de vez en cuando, para hacer convivencia e intercambiar técnicas. Los guardias, que trabajaban duro, se perfeccionaron en las de rescate y empezaron a enseñarnoslas a nosotros. Se hicieron cargo plenamente de las tareas de socorro y pudimos traspasarles todo el equipo específico que teníamos, porque nuestros grupos de voluntarios ya no eran necesarios. Todo iba viento en popa, según lo previsto...

Entonces va, y se muere Franco ¡Descanse en paz!

Se acabó la inmovilidad del Movimiento y empezó la movida. Con resaca de revolución pendiente, reconvertida a transición sin traumas. Luego vino el Cambio, que degeneró en cachondeo. Y en eso estamos.

Con la movida se desbarataron nuestros planes. Era lógico, porque toda acción tiene su reacción, y el fin de la Dictadura provocó un pendulazo que se fue al otro lado rebasando de sobra el punto medio.

De pronto, todo lo realizado durante el anterior Régimen era malo por concepto. Aparecieron nuestros fantasmas ancestrales: los Reinos de

Taifas y el feroz e insolidario individualismo. El país entero se llenó de pequeños salvadores de la patria, herederos directos del espíritu de su Excelencia, con su cohorte de asesores y expertos.

Como es lógico, el montañismo español no se libró de la movida. Especialmente en lo referente a la asistencia a los accidentados, que permitía la demagogia, la venta al pueblo y la foto en los periódicos. Y nos cogió el vendaval de quienes, intentando apuntarse el tanto, olvidaron que aquellos planes de socorro habían sido diseñados, en ausencia de cualquier matiz ideológico, por gentes que actuaron desinteresadamente y con el más abierto espíritu de colaboración. Animados a la vez por una mezcla de afición y obligación, de compromiso y entrega, de esfuerzo y diversión, de experiencia y sapiencia. Algo que habían adquirido a lo largo de muchos años de acudir, con los ojos y los oídos bien abiertos, a eso que antes de que los horteras invadieran el mundo se llamaba "el monte" (no sé cómo me atrevo a escribir esto en unos tiempos en que imperan el "bakalao" y el "speed").

Los "grises" se convirtieron en "marrones". Se cuestionó la existencia de la Guardia Civil (¡como si la hubiera inventado Franco!), y cada caciquillo local, animado por su equipo de mamandurrias cantamañanas expertos, intentó montarse sus grupos de socorro y hasta comprarse un helicóptero. Se inventó la cultura del "pelotazo" y del cortijo, adobada con frases como la de "el que se mueva no sale en la foto", que sonaban como aquellos escritos de los antiguos jefes del Movimiento. Se olvidó que aquellos planes de socorro se habían consensuado con el espíritu de que todos los que pudieran aportar algo cupiesen sin exclusión dentro. No como en un cepo, sino como en una hermosa y soleada plaza. Plan grande. Plan amplio. Plan abierto. Plan para todo y para todos. Con vocación institucional y de futuro. Concebido para durar largo tiempo y no diez o doce meses: lo que el capricho de algún impertinente lo bastaba atrevido como para planificar sin saber, para saber sin estudiar, para estudiar sin entender. Claro, que así les va a veces. ¡Como al maestro Ciruela!

En tal contexto, aquellos grupos de socorro, basados en el binomio guardias-montañeros, diseñados superando viejos traumas y aunando esfuerzos, fueron empujados por todas partes al ostracismo. Menos en Aragón, donde se habían iniciado. Claro que, en Aragón, se producen más del 60 por 100 de los accidentes de montaña registrados en España, y el tema

del rescate ha sido siempre algo serio. Algo cotidiano y no esporádico. Algo con lo que no se puede jugar, ni hacer demagogia o experimentos. Algo que hay que resolver con eficacia y dedicación, trabajándose el día a día. Por eso, en este tema, siempre Aragón fue pionero.

Dicen de los aragoneses que somos cabezotas y testarudos. Hecho que yo personalmente siempre he atribuido a un problema de imaginación. En mi opinión, los aragoneses somos poco imaginativos y en consecuencia nuestro acerbo parco en ideas. De ahí que, cuando tenemos una que creemos buena, nos aferramos a ella y la defendemos con inusitado tesón. Eso es exactamente lo que creo que nos pasó con el socorro en montaña. Que todos pensábamos que la idea era buena. Así que cerramos filas en torno a "nuestros" guardias, apoyándolos, estimulándolos y arropándolos. Aunque nos quedásemos solos. Porque la falta de interés y aprecio hacia ellos hizo que prácticamente desaparecieran de toda España.

Recuerdo con cariño aquel único grupo a que quedaron reducidos, radicado en Jaca, bajo las órdenes de José Ignacio Laguna (entonces Capitán de la compañía de la Guardia Civil en Jaca), a quien, desde siempre, me une una entrañable amistad. José Ignacio ya había sido Jefe de la Unidad de Esquiadores de Competición de la Guardia Civil, cuando yo aún me mantenía en activo como corredor de esquí de fondo, y habíamos coincidido muchas veces en competiciones y entrenamientos. A sus órdenes, asumiendo la dirección directa del grupo, se encontraba un hombre que a mí se me hizo entrañable: el Subteniente Fulgencio Carbonell (Chencho para los amigos), un jacetano con todas las virtudes y defectos de la tierra.

Asumía yo por mi parte en aquel entonces las tareas propias de la Asesoría Médica de la Federación Aragonesa de Montañismo, y gustaba de participar activamente en cuantas actividades federativas se organizaban. Solicitábamos oficialmente el apoyo de aquel grupo de socorro de Jaca, y nos enviaban un par de hombres equipados para el rescate. Entre ellos y yo formábamos el trío sanitario. La patrulla médico-socorrista que actuaba de furgón de cola en marchas y travesías, o plantaba la tienda de campaña en cuya puerta habíamos rotulado pomposamente la palabra "botiquín", durante las concentraciones montañeras. Tengo recorrido medio Pirineo, a pie o con esquís, en unión de aquel grupo de guardias: Pepón, Utrero, Parrita, Monjas, Petri... Gracias, amigos, por aquellas maravillosas jornadas de montaña en vuestra compañía. Jornadas que, además,



tengo el orgullo de pregonar siempre, como el primer socorro de montaña medicalizado que ha existido en España. Sólo terrestre, desde luego, que entonces no teníamos posibilidades de otra cosa. Con medios escasos, ya que había que transportar el botiquín, la camilla y demás artilugios de rescate en nuestras mochilas. Pero, sin duda, el primer socorro medicalizado de nuestra historia, trabajando codo con codo, en la mejor unión y armonía, médico y socorrista. De ello dan fe los numerosos montañeros a los que asistimos, de quienes guardo cartas de agradecimiento y fotografías.

Manteníamos una estrecha colaboración institucional desde la Federación Aragonesa con aquel grupo de Jaca. Procurábamos conseguir material de socorro para donárselo, hacíamos cursos conjuntos de perfeccionamiento; presionábamos a nivel institucional para lograr su mejor apoyo, y lo defendíamos a capa y espada ante cualquier agresión externa, como si contra nosotros mismos se dirigiera. Lógico, porque teníamos totalmente asumido que era “nuestro” grupo de rescate en montaña. Eran “nuestros” guardias, “nuestros” socorristas. Nada más, ni nada menos. Se habían integrado plenamente con nosotros como montañeros. Eran nuestros amigos. Hacían el mejor rescate posible con los medios disponibles, esforzándose en mejorar día a día ¿Qué más les podíamos pedir?

Pero no era suficiente. Fulgencio Carbonell no perdía ocasión para darme la paliza al respecto. A mí, y a todo el que se le ponía a tiro. Especialmente, al pobre José Ignacio Laguna, al que tenía frito.

—Sin “pajarito” no hay nada que hacer. Repetía una y otra vez, refiriéndose al helicóptero.

Y tenía razón. Aquel grupo de rescate estaba bien preparado para el rescate terrestre, pero nosotros sabíamos que el helicóptero era fundamental. Así que, Laguna, pese a que protestaba porque Carbonell le daba la murga, no perdía ocasión de darla a su vez a sus superiores, explicándoles el tema. Sobre todo, porque cada vez que el helicóptero era indispensable, había que solicitar la colaboración de los franceses, aprovechando un convenio que, desde el principio, se había firmado con ellos al respecto. Lo cual nos fastidiaba y resultaba bochornoso. No porque los franceses pusieran pegas o no colaboraran, que venían enseguida con la mejor disposición y lo hacían fenomenalmente. Pero nos hacía sentirnos inferiores. Y, además, siempre estaba por medio flotando aquello de “voilà monsieur, la grandeur de la France...”.

Así, hasta que un día nos hartamos y decidimos ir a por todas. Corría 1980. Hablamos con Fernando Muñoz-Guerra, que entonces ostentaba la presidencia de la Federación Española, y decidimos plantear el tema lo más arriba que se pudiera. Fernando Muñoz, hombre comprometido con el tema del socorro desde sus inicios, puso en juego todas sus posibilidades moviendo los contactos. Habló con el Director General de Protección Civil (entonces, Federico Gallo) y nos consiguió una entrevista con el Subdirector General de la Guardia Civil, para que le expusiéramos el problema. Hubo suerte, porque el subdirector de entonces era nada menos que el General García Laclaustra, otro de los históricos comprometidos desde el principio con el rescate en montaña.

Recuerdo perfectamente aquella primera entrevista. Fui a verle con Manolo Antofañanzas, que por aquel entonces colaboraba con muchas ganas en estos temas desde la Federación Aragonesa. Yo recordaba al General de haberlo visto a finales de los años sesenta en aquel curso de abochornante recuerdo que habíamos hecho con los franceses en Goritz: un hombre alto, enjuto, de gran prestancia y empaque, que me había impresionado gratamente. Pero en esta ocasión aún me impresionó más.

Nos trató como un padre. Cuando llegamos debía de estar esperándonos, porque pasamos enseguida a su despacho. Nos invitó a un cafelito, y como de tertulia, empezó a hablar del tema.

Confieso que el primer intercambio de frases me resultó desalentador:

—¿Así que quieren usted que potenciemos los grupos de rescate en montaña? Nos preguntó.

—Sí, mi General. La experiencia habida hasta el presente así parece aconsejarlo. Además, parodiando el chiste castrense de que pase pernocta significa claramente dormir fuera del cuartel, nosotros creemos que la Guardia Civil, como su propio nombre indica, está para guardar a los civiles y...

Soltó una carcajada y nos interrumpió:

—Bien, bien, pero ya saben ustedes que hay opiniones en contra. Que en el País Vasco y en Cataluña no quieren que se encargue del asunto la Guardia Civil, y pretenden hacerlo con sus fuerzas y organizaciones autonómicas...

—Con su permiso, mi General, le respondí. Permítame que le conteste con la franqueza de las gentes de nuestra tierra. Yo entiendo que los vascos, por comprensibles motivos viscerales,

no quieran que la Guardia Civil se haga cargo del tema. También admito lo de los catalanes, aunque no lo comprenda, ya que la Guardia Civil defendió con firmeza a la Generalitat hasta en la Guerra Civil del 36. Pero eso no implica que a los aragoneses, que hemos asimilado como propios los grupos de rescate de la Guardia Civil, se nos deje ahora tirados. Máxime, habida cuenta de que es un problema que entre todos nos plantean. Porque, como el resto de españoles, vascos y catalanes dirán lo que quieran, pero donde mayormente se accidentan, no es en sus montañas, sino en las nuestras. Nosotros, con amplitud de miras, hemos trabajado duro para contar con unos grupos de rescate que prestan un servicio inestimable a la mayoría de los montañeros y que, con todas sus limitaciones, son hoy los mejores de España. Así que, con todos los respetos, lo que hagan los demás nos tiene sin cuidado. Y no sólo no estamos dispuestos a quedarnos sin nuestros grupos, sino que queremos mejorarlos. Además...

No me dejó seguir. Puso cara de satisfacción, empezó a hablar, y ya no nos dejó meter baza. Para sorpresa nuestra, casi parecía más interesado que nosotros en solucionar el asunto. Yo creo que llevaba tiempo pensándolo y deseándolo. Pero necesitaba que alguien se lo pidiera oficial e institucionalmente, justificando su interés social.

Tras darnos una lección magistral sobre el problema nos anunció:

—Voy a llamar al Coronel de Estado Mayor que va a encargarse de los aspectos prácticos de la cuestión, para que lo conozcáis.

Y luego, en voz más baja, con aire de complicidad, añadió:

—Es muy bueno. Ya veréis qué bien lo hace...

Llegó el Coronel y nos lo presentó:

—El Coronel Iraizoz...

Nos pareció un hombre capaz, pragmático, eficaz y resolutivo. Con las ideas muy claras, y un gran conocimiento del problema. El tiempo se encargaría de confirmar esta primera impresión en todos sus términos.

Acordamos que ellos se ocuparían de la táctica y la logística. Al tiempo, nosotros ataríamos algunos cabos que aún estaban sueltos a nivel político. Y esperando que para entonces todo estuviera listo, concretamos una nueva reunión para el 25 de febrero de 1981.

Pero el 23-F, Tejero entró en las Cortes y montó el pim, pam, pum. Aquella noche, muchos no dormimos. Pero más vale olvidarla en el baúl de los recuerdos.

A pesar de todo, el 24-F yo estaba dispuesto a ir a Madrid como fuera. Pero mi mujer no me dejaba ni de coña:

—Pues yo voy, le decía. Con la de años que llevo luchando por arreglar lo del socorro en montaña, no lo voy a dejar ahora que todo parece que va a solucionarse.

A lo que ella respondía:

—¿Pero cómo vas a ir mañana a la Dirección General de la Guardia Civil, con el follón que deben de tener montado allí? Igual te detienen, y... Además, he oído decir que a lo mejor disuelven la Guardia Civil.

Y yo insistía:

—Pero que tontadas dices, mujer. ¿Cómo van a disolver la Guardia Civil? Si lo hacen, ¿a ver dónde encuentran otros pardillos que con su sueldo hagan más guardias que el Guerrero del Antifaz y más servicios que el Capitán Trueno? ¡Eso es como si quisieran disolvernó a los médicos porque un colega ha metido la pata! ¡Vamos, mujer, vamos...!

Como me ponía cabezudico, al final, sugirió:

—Tú llamas primero al General por teléfono, y según lo que te diga...

Llamé por teléfono y se puso el General. Yo creía que no lo haría, pero se puso:

—Mi General, que como habíamos quedado para el día 25, pues...

—Sí, majo, sí, me contestó. Ahora estaba mirando la agenda y ya lo he visto. Así que te espero.

—Pero mi General, es que..., con lo de Tejero... Supongo yo que tendrán mucho jaleo y...

—Hombre, jaleo hay. Ya te puedes imaginar. Pero una cita, es una cita, y hay que respetarla. Ahora que si prefieres que quedemos otro día... Tampoco es mala idea.

Quedamos para otro día. Le llamaría cuando se hubiesen calmado un poco más las cosas, y acordaríamos la fecha.

Pero no me dio tiempo. A los quince días llamó él:

—He pensado que no hace falta que vengáis vosotros. Que mejor iré yo al lugar de los hechos. Además, creo que todavía no ha habido en la historia de la Guardia Civil ningún General Subdirector que haya realizado una visita oficial a la Comandancia de Huesca. Y ya va siendo hora de que eso ocurra...

Y así ocurrió. Con grandes protestas por parte del Teniente Coronel Mecerreyes, jefe de la Comandancia, que me acusaba de haberle organizado un "cacao" de protocolo. Aunque lo decía con la boca pequeña y estaba encantado con la visita.

Tuvimos la reunión, en la que todo fue sobre ruedas, pues se contaba con todos los parabienes y autorizaciones para que las cosas se pusieran en marcha.

— Creación del CAEM (Centro de Adiestramientos Especiales de Montaña de la Guardia Civil), que con el tiempo se convertiría en la actual Escuela de Montaña de la Guardia Civil, ubicándolo en el antiguo edificio de aduanas de la frontera del Somport.

— Constitución de los GREIM (Grupos Especiales de Intervención en Montaña de la Guardia Civil).

— Creación de la Inspección de Montaña de la Guardia Civil, encargada del desarrollo y control de todo el organigrama.

Habían trabajado bien para desarrollar aquella estructura y ponerla en marcha. El General García Laclaustra consolidó en la historia del montañismo español un puesto de honor que ya se había ganado con anterioridad como pionero. En cuanto al Coronel Fernando Iraizoz Castejón, si hubiera dependido de mí, le hubiera concedido en aquella ocasión una medalla. Pero no se la dieron. Por lo que creo sinceramente que no se le agradecieron suficientemente sus servicios y méritos. Como tampoco se los agradecieron cuando se retiró, siendo ya General de Brigada. Pero estoy seguro de que nunca les faltará el reconocimiento de los montañeros.

Para echar a andar todo aquello, asignaron el mando directo al entonces aguerrido Capitán José Fernando Abós Coto. Y no digo lo de aguerrido con ánimo de coña, sino para describir una actuación y un espíritu. Porque es difícil encontrar a alguien que se ponga a desarrollar un determinado trabajo con más ganas, ilusión, entrega y decidido empeño.

Por mi parte, entendí que aquello merecía una celebración y un acto conmemorativo. Así que propuse la celebración de un nuevo curso conjunto guardias-montañeros, al que invitáramos a todas las autoridades implicadas, para que comprobasen los progresos realizados y sus beneficiosos efectos.

Nos encargaron de la organización práctica del evento a Fernando Abós y a mí. Lo que, viéndole trabajar, me sirvió para convencerme de que el tema del rescate estaba definitivamente encarrilado y resuelto. Así se lo hice saber coloquialmente a mi mujer:

—Tranquila, que a mí ya no me sacan más de casa para ir a un rescate. Ese (refiriéndome a Fernando Abós), o coloca a los guardias en

unos años a nivel de los mejores socorristas del mundo, o es capaz de fusilarlos.

No me equivoqué. Y que yo sepa aún no ha fusilado a ninguno.

Podría escribir bastantes páginas sobre aspectos relativos a la organización y desarrollo de aquel curso. Pero creo, sinceramente, que no es lugar ni momento. Así que me limitaré a comentar algunas anécdotas en plan telegráfico:

—Aquel fue el último curso conjunto guardias-montañeros. En un par de años tuvimos poco que enseñarles. Pero han sabido ser agradecidos, y han seguido colaborando con nosotros como asesores de socorro y profesores de nuestros cursos federativos.

—La presencia de autoridades fue masiva. Entre ellas, el Director General de Protección Civil y el de Deportes, el Presidente de la Comunidad Autónoma, los Gobernadores Civiles de las tres provincias aragonesas, varios generales, los Jefes de las Comandancias, el presidente de la Federación Española y el de la Aragonesa, representantes del Ejército, de nuestros amigos franceses, Cruz Roja, Clubes, y un largo etcétera.

—Gran despliegue de medios, con helicópteros, etc. Lo nunca visto.

—De entre los generales, recuerdo particularmente a don Isabelino Cáceres Ruiz, General de Brigada, con el que los guardias tenían una especial prevención por su exigencia en el cumplimiento de las ordenanzas.

—Por primera vez en mi vida me encontré a un Coronel de Estado Mayor (Iraizoz) con traje de campaña, en pleno monte, participando como uno más en los ejercicios. Me impresionó gratamente.

—Me divertí muchísimo con los comentarios del General García Laclaustra, de una finísima socarronería aragonesa.

—La Escuela Militar de Montaña de Jaca colaboró activamente y organizó en sus instalaciones la comida de clausura. En ella, creo que por primera vez en la historia de España, el Director General de Protección Civil (F. Gallo) entregó, a la vez y en el mismo acto, una alta distinción (Diploma al Mérito) al General Subdirector de la Guardia Civil (F. García Laclaustra) y a un subteniente del Cuerpo (F. Carbonell). En su sitio, y con las lógicas diferencias, dos jacetanos para el recuerdo de la historia del rescate de montaña en España.

—Se me cayó la baba cuando oí comentar a nuestros vecinos franceses: "tient, dit donc les espagnols, ça va...".

—Un éxito. Sin duda.

Durante los últimos trece años he seguido colaborando con los grupos de rescate en montaña de la Guardia Civil. Pero ahora no llevamos nosotros la iniciativa en el tema, sino ellos. Nosotros nos limitamos a ayudar cuando nos lo piden; a deshacer malentendidos sociales cuando se crean; a hacer observaciones de mejora en el servicio que nos gustaría; y a aplaudir con nuestros conciudadanos en los numerosos actos de reconocimiento que se les prodigan: Diploma al mérito de Protección Civil, Altoaragoneses y Aragoneses del año, medalla de la Diputación General... Porque hoy, en Aragón y en toda España, los grupos de rescate en montaña de la Guardia Civil son una institución querida y apreciada. Un ejemplo de colaboración institucional en la defensa de la vida, la seguridad y el bienestar ciudadanos. ¡Los guardianes de los civiles!

Hoy, más que nunca, son nuestros socorristas, compañeros y amigos de la montaña. Nos asesoran e instruyen. Y no sólo a nivel general y federativo. También en la Universidad de Zaragoza, impartiendo enseñanzas propias del Diploma Universitario de Medicina de Urgencia en Montaña. ¡Quién me había de decir hace treinta años que en vez de darnos porrazos vendrían los guardias a dar clases en la Universidad! Otro hecho histórico, sin duda.

Personalmente, mi colaboración se ha caracterizado en los últimos años por el trabajo codo a codo con un hombre: el hoy Coronel Fernando Abós Coto. ¿Te acuerdas, Fernando?: tu asesoría de socorro cuando yo fui presidente de la Federación Aragonesa; la de la Federación Española cuando yo asumí la de medicina; la representación española en la CISA (Comisión Internacional de Socorros Alpinos), y la organización de su reunión oficial por primera y única vez en España (Jaca, 1992), donde todos re-

conocieron que "nuestros" grupos de socorro están entre los cuatro mejores del mundo.

¿Te acuerdas, Fernando, de la tristeza de los primeros guardias-socorristas muertos en acto de servicio; de la alegría de las vidas salvadas, de tantos planes, de tantas ilusiones, de tantas horas compartidas, de tantas y tantas cosas...?

Yo sí me acuerdo, sí. No te quepa la menor duda. También de que aún tenemos un reto pendiente: la plena medicalización de nuestro rescate, homologándonos definitivamente a Europa y convirtiéndolo en auténtico SOCORRO en montaña. Para que ese día, los guardias-socorristas y montañeros, con los médicos-montañeros y socorristas, trabajen codo a codo en el seno de nuestras instituciones en defensa de la vida. Como tú y yo hemos hecho durante estos años. Como se merecen nuestros montañeros y nuestra ciudadanía.

Seguro que ese día, cuando vuelen en los helicópteros que hoy comanda ese virtuoso del rotor que es el Comandante Tino Ceña, las gentes los verán aún más que hoy ángeles de la guarda trayendo ayuda del cielo.

Y todos, ahora sí, como yo, estarán de acuerdo cuando oigan vuestro himno. Recuerdo la última vez. El pasado 12 de octubre. El día de la Virgen. La nuestra. La de El Pilar. Nuestra Patrona. La de los aragoneses. La de la Guardia Civil. La de España y la Hispanidad. La de todos.

"Viva España, viva el Rey  
Viva el Orden y la ley..."

Así suena mejor. Me gusta. Rima bien y su significado está muy claro. España, con su Rey, en orden y ley.

Tan claro como el significado de esa última estrofa que todos apoyamos y deseamos:... ¡Que viva honrada, la Guardia Civil! ■